

# El alma de la poesía

El poeta en este suelo,  
Ya cante terrible ó suave,  
Tiene algo idéntico al ave,  
Porque siempre busca el cielo;  
Siempre en luminoso vuelo  
Tiene su imaginación,  
Y al ver la persecución  
Que le hacen las desventuras,  
Siempre quiere en las alturas  
Colocar su corazón.

¿Es acaso un Prometeo  
El corazón del cantor?  
Si no lo hiere el dolor,  
¿No despide ni un chispeo?  
Cuando el bloque es giganteo  
Requiere golpes gigantes,  
Para que en raudos instantes  
En vez de granito sea  
Piedra que relampaguea,  
Astro que arroja brillantes.

Vierte rocío la aurora,  
Y el rocío es alegría;  
Escolla la onda bravía,  
Y parece un sol que llora.  
Yo soy más grande en la hora  
En que al dolor me confío  
Que cuando en la estrofa río,  
Porque nunca brilla tanto  
Como una gota de llanto  
Una gota de rocío!

No tiene canciones bellas  
Quien su Cáucaso no sube:  
Si no se rasga la nube,  
No aparecen las estrellas,  
Sin dejar sangrientas huellas  
No aparece nunca el día,  
Y al alma es la poesía  
Lo que es al cielo la luz;  
Cristo es poeta en la cruz:  
Sueña mucho en su agonía.

Convierte al fértil sembrío  
El azote del arado  
En un pintoresco prado  
Lleno de flores de estío;  
En volcán de espuma al río  
Transforman los latigazos,  
Y cuando el pecho en pedazos  
Le rompe angustia secreta,  
Es un águila el poeta  
Y son dos alas sus brazos;

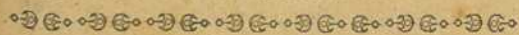
Milton, ese hombre divino  
Cegado por el torrente  
Del resplandor que su mente  
Desparramó de continuo,  
Es génio de que el Destino  
Lo abisma en sombra constante;  
La dicha nunca fué amante  
De quien los laureles quiso;  
Mayor que en el Paraíso  
En el Infierno es el Dante!

Luce sus mejores galas,  
Cuando sufre, Víctor Hugo;  
Cuando vió al pueblo en un yugo,  
Abrió del todo sus alas  
Y sus versos fueron balas,  
Fueron truenos sus canciones,  
Y sus metálicos sonos  
Hicieron del bardo, entonces,  
Un Dios dando al pueblo bronces  
Para que hiciera cañones!

Oh dolor! nunca he temido  
Tus garras siempre despiertas;  
Las heridas en mi abiertas,  
Bocas que cantan han sido:  
Inspiración han vertido;  
Pues yo dejaré este suelo,  
Como el ave que en su vuelo  
Recibe un mortal flechazo:  
Dando un postrer aletazo,  
Queriendo llegar al cielo!

GUZMÁN PAPINI Y ZAS.

Montevideo, Noviembre 30 de 1897.



## Acuña y Rosario

PÁGINA DEL LIBRO EN PREPARACIÓN:

«POETAS MEXICANOS»

.....Manuel Acuña no se suicidó por los desdenes de una mujer. Tiempo es ya de que termine esta fábula vulgarizada en toda América por culpa del mismo Acuña con su famosa composición *A Rosario*. Estoy en

posesión de datos al respecto que me atrevo a llamar interesantísimos y que no dudo sorprenderán a todos los que de buena fé maldicen todavía a una criatura inocente del daño que se hizo Acuña.

La Rosario que inmortalizó el poeta existe en Méjico y es mi amiga.

¿Qué hombre de pluma no la conoce allá? Rosario de la Peña es un monumento histórico,—me decía unatarde Manuel José Othón, el dramaturgo mejicano á quien el invicto Echegaray ha batido palmas.

Manifesté vivos deseos de conocerla, y Ohón me prometió avisarla mi visita, agregando que desde tiempo atrás habitaba Rosario en el pueblo de Guadalupe, situado á algunos kilómetros de la capital y segregada por propia voluntad, casi completamente, del mundo social en que antes viviera. Pocos días después, José María Bustillos, uno de los poetas más jóvenes y aprovechados de Méjico, me presentó á Rosario por encargo de Othón, que se dirigió precipitadamente á San Luis, cumpliendo antes con anunciarme á esta dama que nunca celebraré lo bastante haber conocido.

Guadalupe es á Méjico lo que Lourdes á Francia: el lugar de un santuario donde no deja un día de ofrecerse á la virgen el más reverente culto de los católicos...

El santuario mejicano no cede en esplendor al francés, y creo tan natural cuando me dirigía allí, que Rosario viviese prosternada ante el altar de la Virgen, doliéndose todavía de su homicidacrueldad para con Acuña.

¡Qué desengaño el que me espera!  
En una casita modesta de la villa, no muy distante del santuario famoso, vivía nuestra heroína, acompañada de su señora madre, una jóven hermana y varios sobrinos.

La madre de Rosario y su hija menor, Margarita, fueron las primeras personas á quienes hablé. A juzgar por el aspecto de la anciana y de Margarita, la hija mayor ausente no debía desdecir la singular hermosura, patrimonio de aquella raza.

Bien pronto me hice cargo de que estaba en el seno de una familia hospitalaria y cordial. Respiré esa atmósfera del hogar decente, no desvirtuado por la pobreza, y comprendí á las primeras razones cambiadas con los dueños de la casa, el secreto amargo que deja en los corazones más fuertes toda inclinación muy rápida de fortuna.

Abriendo y cerrando con estrépito una mampara, adelantó hácia mi, de pronto, Rosario, la mujer á quien buscaba yo en mi peregrinación literaria con un fervor no menos digno de respeto que el de los fieles cristianos en Guadalupe.

Era una mujer de sangre española, bastante morena y de cuarenta años. Alta y erguida, tenía la majestad de una princesa reinante. Su cabello negrisimo blanqueaba en algunos puntos; sus ojos, de un pardo obscuro, centelleaban en la cavidad de sus órbitas con la inequivoca luz de la inteligencia. Una nariz correcta, unos labios muy rojos, apretados y finos completaban esta fisonomía que debió ser soberanamente hermosa diez años antes, y que produce todavía una impresión agradable por su conjunto harmónico, lleno de animación y de vida, profundamente simpático.

Hablamos y desde el principio me expliqué la fascinación que ejerció esta Rosario sobre los poetas que allá, en su mocedad, habianla cantado como á una diosa. No presume de literata; jamás ha compuesto un verso, pero recita admirablemente los versos de sus amigos y de otros notables bardos. Tiene un timbre de voz melodioso, una manera de decir que subyuga, porque dá á cada palabra y sin aparente esfuerzo, el tono más apropiado para su efecto, cual si estuviera sintiendo idénticamente con el autor.

El resumen de mis conversaciones con Rosario, respecto á Acuña, lo daré aquí en

forma de diálogo para conservar en lo posible su exactitud. Debo si, advertir, que estas conversaciones las tuve algún tiempo después de mi presentación á ella, y cuando en el seno de la confianza amistosa, comprendió que me guiaba, al hablarle sobre ciertos asuntos, por una impertinente curiosidad.

--¿Cómo hizo usted conocimiento con Acuña?

--Me fué presentado en casa con motivo de sus primeros triunfos poéticos. Mi casa, no la atribuya usted á pretensión mía, era un centro de reunión preferido por los más distinguidos literatos de entónces. Yo recibí á Acuña lo mismo que mis padres y mis hermanos como un buen amigo, sin que él hubiese en el resto de su vida manifestádose de otro modo.

--La fama cuenta, y usted no debe ignorarlo, que Acuña se dió la muerte por los desdenes de la Rosario aquella á quien dedicó su *Nocturno*...

--Si, señor, así parece á primera vista; pero nada es más falso que aquello de que Acuña se haya suicidado por mí.

(Concluirá)

CÁRLOS G. AMEZAGA

Buenos Aires, Noviembre de 1897.



## ¿Qué es poesía?



¡La poesía! pira sagrada,  
radioso arcángel de ardiente espada,  
tres heroísmos en conjunción:  
el heroísmo del pensamiento,  
el heroísmo del sentimiento  
y el heroísmo de la expresión!

Flor que en la cumbre brilla y perfuma,  
copo de nieve, gasa de espuma,  
zarza encendida do el cielo está:  
nube de oro vistosa y rauda;  
fugaz cometa de inmensa cauda;  
onda de gloria que viene y vá!

Nébula vaga de que goatea,  
como una perla de luz, la idea,  
espiga herida por la segur;  
brisa de incienso, vapor de plata,  
fulgor de aurora que se dilata  
de oriente á ocaso, de norte á sur!

Verdad, ternura, virtud, belleza;  
sueño, entusiasmo, placer, tristeza;  
lengua de fuego, vivaz crisol;  
abismo de éter, que el génio salva;  
alondra humilde que canta al alba;  
águila altiva que vuela al sol.

Humo que brota de la montaña;  
nostalgia obscura, pasión extraña;  
sed insaciable, tédio inmortal;  
anhelo eterno é indefinible;  
ánxia infinita de lo imposible;  
amor sublime de lo ideal!

SALVADOR DIAZ MIRÓN.



## MIÈVRETÉ

La directora comenzó:

«—Mañana, queridas mías, es la fiesta de nuestro amado patrono el apóstol Santiago. Os voy á dar asueto esta tarde. Coged del jardín las más bellas flores y llevadlas en seguida al templo, para adornar con mucho primor, con mucho cuidado, el altar del bendito apóstol. Ireis solas, pero supongo que os portaréis juiciosas en la calle, y, sobre todo, oidlo bien, mis buenas niñas, no miréis á esa turba democitos que rondan constantemente el colegio y, que han de concluir, ¡los forajidos! por matarme á colerones y ....»

Pero ya las chicuelas no escuchaban á la directora; habian corrido al jardín, y á buscar sus sombreros, y salian ahora ruidosamente en dirección al templo....